

www.alfaguara.com
Empieza a leer... Vida de este chico

ALFAGUARA


Tobias Wolff

Vida de este chico

Traducción de Maribel de Juan

Agradecimientos

Le estoy especialmente agradecido a mi esposa, Catherine, por sus múltiples y atentas lecturas de este libro. También quisiera dar las gracias a Rosemary Hutchins, Geoffrey Wolff, Gary Fisketjon y Amanda Urban por su ayuda y su apoyo. Me han corregido algunos puntos, fundamentalmente de cronología. Mi madre piensa que un perro que yo describo como feo era en realidad muy bonito. He dejado alguno de estos puntos como estaban, porque éste es un libro de memorias, y la memoria tiene su propia historia que contar. Pero he hecho todo lo posible para que contara una historia verdadera.

Mi primer padrastro solía decir que con lo que yo no sabía se podría llenar un libro. Pues aquí está.

El primer deber en la vida es adoptar una pose.
Cuál sea el segundo no lo ha descubierto nadie todavía.

OSCAR WILDE

Quien teme a la corrupción teme a la vida.

SAUL ALINSKY

Fortuna

El agua de nuestro coche se puso a hervir otra vez en cuanto mi madre y yo cruzamos la División Continental. Mientras esperábamos a que se enfriase oímos, procedente de algún lugar por encima de nosotros, el alarido de una bocina. El sonido se hizo más fuerte y luego un camión grande salió de la curva, pasó junto a nosotros a toda velocidad y tomó la siguiente curva, la caja dando violentos bandazos. Nos quedamos mirando el punto por donde había desaparecido.

—Oh, Toby —dijo mi madre—, ha perdido los frenos.

El sonido de la bocina se fue alejando y luego se desvaneció en el viento que suspiraba entre los árboles que nos rodeaban.

Cuando llegamos allí, había unas cuantas personas de pie junto al precipicio por donde se había despeñado el camión. Había destrozado la barandilla protectora y había caído cientos de metros en el vacío hasta el río, donde yacía de espaldas entre las peñas. Parecía patéticamente pequeño. Un chorro de denso humo negro se elevaba de la cabina y el viento lo dispersaba. Mi madre preguntó si alguien había ido a dar parte del accidente. Sí, alguien había ido. Nos quedamos con los otros al borde del precipicio. Nadie hablaba. Mi madre me rodeó los hombros con un brazo.

Durante el resto del día no paró de volver la cabeza para mirarme, tocarme, apartarme el pelo de la cara. Vi que era el momento oportuno para sacarle regalos de recuerdo. Sabía que no tenía dinero para ellos y había tratado de no pedirselos, pero ahora que ella tenía la guardia

baja no pude contenerme. Cuando salimos de Gran Junction yo tenía un cinturón de cuentas indio, unos mocasines bordados con cuentas y un caballo de bronce con una silla de cuero repujado de quita y pon.

Era el año 1955 y viajábamos en coche desde Florida a Utah para escapar de un hombre al que mi madre temía y para hacernos ricos con el uranio. Íbamos a cambiar nuestra suerte.

Habíamos salido de Sarasota en mitad del verano, justo después de mi décimo cumpleaños, y nos dirigíamos al Oeste bajo unos cielos encapotados y mortecinos que se ponían negros y estallaban y se despejaban sólo el tiempo suficiente para dejar en el aire una gasa de vapor. Atravesamos Georgia, Alabama, Tennessee y Kentucky, deteniéndonos para que se enfriara el motor en pueblos donde la gente se movía con lentitud artrítica y hablaba con lenguas gordas y estranguladas. Vagos con los dientes podridos rodeaban el coche y ofrecían cacahuetes a la señora yanqui y a su hijito, discutiendo entre ellos acerca de los mejores atajos. Las mujeres levantaban la vista de sus parterres de flores cuando pasábamos o nos miraban desde sus porches, unas veces impasibles, otras saludándonos con una inclinación de cabeza y un movimiento de su abanico.

Cada dos horas, el Nash Rambler se recalentaba. Mi madre no cesaba de rascar en la pequeña subvención que le habían dado para buscar el uranio, pero ningún mecánico era capaz de arreglarlo. Lo único que podíamos hacer era esperar a que se enfriara y luego continuar hasta que se calentaba de nuevo. (Mi madre llegó a odiar este cacharro hasta tal punto que poco después de que llegáramos a Utah se lo regaló a una mujer a la que conoció en una cafetería.) Por las noches dormíamos en habitaciones donde los faros de los coches se arrastraban por las paredes y los mosquitos cantaban en nuestros oídos, incesantes

como los neumáticos que gemían en la carretera. Pero nada de esto me molestaba. Estaba prendido en la libertad de mi madre, en su goce de esa libertad, en su sueño de transformación.

Todo iba a cambiar cuando llegásemos al Oeste. Mi madre había vivido de niña en Beverly Hills y la vida que veíamos ante nosotros se basaba en sus recuerdos de California en los tiempos anteriores a la crisis económica de 1929. Su padre, papá, como ella le llamaba, había sido oficial de la marina y millonario en acciones. Vivían en una gran casa con un torreón. Justo antes de que papá perdiese todo su dinero y el de sus parientes pobres irlandeses y consiguiera un destino en ultramar, mi madre había sido una de las cuatro chicas elegidas para ir en la carroza de Beverly Hills en el Torneo de las Rosas. El tema de la carroza era «El final del arco iris», y ganó el premio de ese año por aclamación. Había conocido a Jackie Coogan. Le habían hecho una foto con Harold Lloyd y Marion Davies, que habían rodado la película *El marinero* en el barco de papá. Cuando papá estaba embarcado, ella y su madre vivían una vida de ensueño en la cual, durante días seguidos, interpretaban el papel de hermanas.

Y los *coches* de los que mi madre me hablaba mientras esperábamos a que el Rambler se enfriara... ¡Tenía que haber visto aquellos coches! Papá conducía un Franklin. A ella la había cortejado un chico que tenía un Chrysler descapotable con una bocina musical. Y, por supuesto, estaba la familia Hernández, unos vecinos que se habían venido de Méjico después de encontrar petróleo en su rancho de cactus. La familia era numerosa. Cuando se esperaba que acudieran juntos a algún sitio, se presentaban en una caravana de Pierce-Arrows idénticos, cada uno conducido por un miembro de la familia.

Se suponía que algo así nos iba a suceder a nosotros. En Utah la gente se levantaba pobre por la mañana y se acostaba rica por la noche. No hacía falta ser ingeniero

de Minas ni mineralogista. Lo único que se necesitaba era un contador Geiger. Íbamos camino de los campos de uranio, donde mi madre conseguiría un trabajo y mantendría los ojos abiertos. Una vez que aprendiera los trucos empezaría a hacer prospecciones para encontrar uranio.

Y cuando lo encontrara pensaba dedicarse en serio a la compensación: por los años de trabajo duro, primero sirviendo soda y luego como secretaria principiante, que no la habían llevado más allá de la pobreza y a veces ni siquiera hasta allí. Por la ruptura de nuestra familia cinco años antes. Por la tristeza de su larga relación con un hombre violento. Iba a recuperar el tiempo perdido y yo tenía que ayudarla.

Llegamos a Utah al día siguiente de que el camión se despeñara. Llegamos demasiado tarde, con meses de retraso. Moab y los otros pueblos mineros habían sido invadidos. Todos los moteles estaban llenos. Los lugareños habían alquilado sus dormitorios y cuartos de estar y garajes y ahora ofrecían espacio para remolques en sus jardines por cien dólares a la semana, que era lo que mi madre podría ganar en un mes si tuviera un trabajo. Pero no había trabajos y la gente se estaba volviendo intratable. Había habido asesinatos. Las prostitutas paseaban por las calles a plena luz del día, borrachas y belicosas. Los contadores Geiger costaban una fortuna. Todo el mundo nos decía que siguiéramos camino.

Mi madre se lo pensó. Finalmente le compró su contador Geiger a un pobre y una luz infrarroja que se suponía que hacía brillar los indicios de uranio, y partimos hacia Salt Lake City. Ella calculaba que tenía que haber mineral en alguna parte por allí. El hecho de que nadie lo hubiese encontrado quería decir que tendríamos el lugar casi para nosotros solos. Para salir del apuro pensaba conseguir un puesto en la compañía minera Kennecott, cuyo

jefe de personal había respondido a una carta que ella le mandó desde Florida hacía algún tiempo. Él le había aconsejado que no viniera, le decía que no había trabajo en Salt Lake y que su propia compañía estaba a punto de ponerse en huelga. ¡Pero su carta era tan amable! Mi madre sabía que le conseguiría un empleo. Estaba prácticamente garantizado.

Así que atravesamos el desierto. Mientras ella conducía, cantábamos baladas irlandesas, canciones *folk* y *blues* de gran orquesta. Yo estaba colgado de *Mood Indigo*. Una y otra vez canturreaba con tono de estar de vuelta de todo *You ain't been blue, no, no, no* mientras mi madre vigilaba el indicador de la temperatura y mimaba el motor. Luego se me secó la garganta y me encontré graznando. Además estaba demasiado excitado. Nuestro camino se acababa. Pasamos anuncios de crema de afeitar Burma y mojones llenos de balazos. A medida que los números de los mojones se hacían más bajos empezamos a decirlos a voz en grito.